

¿PODEMOS CONOCER A JESÚS HOY?

Durante una entrevista, a la persona a veces se le pregunta: «¿Qué personaje histórico le gustaría conocer más?». Una respuesta común es «Jesús de Nazaret». Debido a las cosas notables que la Biblia y los libros de historia nos dicen acerca de Jesús, Este es alguien que a la mayoría nos gustaría conocer.

Conocer acerca de una persona es muy diferente de *conocer en sí* a la persona. Cuando estudiamos la historia aprendemos mucho sobre personas del pasado, sin embargo, ello no significa que las conocemos. El presente estudio se ha centrado en lo que podemos saber *acerca de* Jesús. Hemos hecho los tipos de preguntas históricas sobre Él que podríamos hacer para cualquier otra figura importante de la historia, a saber: lo que las fuentes de información dicen acerca de él, cuándo, dónde y cómo vivió; el idioma o idiomas que habló; lo que pensaba acerca de sí mismo; lo que creía y cómo murió. Al estudiar a Jesús, también tenemos que preguntarnos si es posible o no que realmente resucitara de entre los muertos.

Ahora llegamos a una pregunta que los autores del Nuevo Testamento (las fuentes primarias de información acerca de Jesús) nos instan hacer: ¿Es posible conocer a Jesús hoy? Si bien no es estrictamente una interrogante de carácter histórico, surge a causa de lo que la historia de Jesús nos dice—sobre todo el hecho de que se levantó de entre los muertos y sigue vivo en el cielo. Si hay algo de cierto en ello, entonces realmente podemos conocerle, no simplemente conocer «sobre» Él. Aquí entramos en los dominios de la teología y de la fe personal, cosas que no pueden ser demostradas de manera concluyente mediante los canales habituales del estudio de la historia. Si lo que sabemos de Jesús es válido, entonces es una pregunta que tenemos que hacernos. Las fuentes que nos dicen *acerca de* Jesús son las mismas que sugieren que podemos *conocerle*. Además, las preguntas de carácter histórico no son las únicas que valen la pena hacerse, ¿verdad?

El evangelio de Juan menciona que Jesús oró a Su Padre, poco antes de ser crucificado, diciendo:

Padre, la hora ha llegado; glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a ti; como le has dado potestad sobre toda carne, para que dé vida eterna a todos los que le diste. Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado (Juan 17.1b-3).

De acuerdo a las palabras mismas de Jesús, *es* posible conocerle a Él y a Dios también. De ello trata la «vida eterna»: saber quién es Dios realmente al «verle» en la persona de Su Hijo, Jesús (Juan 1.14-18). Este no estaba hablando solamente de los que fueron Sus contemporáneos, ya que más adelante en esta oración, oró por los que creerían en Él por las palabras de Sus discípulos (vea 17.20).

CONTINÚA CON NOSOTROS

Juan no es el único autor neotestamentario en sugerir que podemos conocer a Jesús hoy. Al comienzo de su evangelio, Lucas le dijo a su patrocinador Teófilo que le había parecido, según dice, «escribírtelas por orden, oh excelentísimo Teófilo, para que conozcas bien la verdad de las cosas en las cuales has sido instruido» (Lucas 1.3, 4). En Hechos, Lucas continuó con esta idea, diciendo: «En el primer tratado, oh Teófilo, hablé acerca de todas las cosas que Jesús comenzó a hacer y a enseñar, hasta el día en que fue recibido arriba, después de haber dado mandamientos por el Espíritu Santo a los apóstoles que había escogido» (Hechos 1.1, 2). Observe que Lucas dijo que su primer libro (el evangelio de Lucas) trató de lo que Jesús «comenzó a hacer y a enseñar» (énfasis nuestro). En lo que respecta a Lucas, la historia aún no había terminado porque Jesús no había terminado todavía. Hechos describe lo que Jesús *siguió* haciendo y enseñando por medio de la presencia de Su Espíritu Santo,

esto es, Su presencia espiritual que acompañó a Sus seguidores después de regresar al cielo (Hechos 1.6–11). Según lo registrado por Lucas, lo primero que Jesús les dijo a Sus discípulos tras Su resurrección tuvo que ver con la venida del Espíritu Santo, el cual era «la promesa del Padre» y que vendría sobre ellos muy pronto (Hechos 1.4, 5). Al leer Hechos, nos damos cuenta de lo que Jesús *siguió* haciendo y enseñando por medio de la presencia del Espíritu en Su pueblo.

En vista de lo anterior, lo razonable sería que el libro de Hechos constituya un buen lugar para buscar la respuesta a la pregunta que estamos haciendo: «¿Es posible conocer a Jesús hoy?».

LA DIFERENCIA ENTRE «CONOCER DE» Y «CONOCER A»

La venida del Espíritu Santo que Jesús había prometido en Hechos se hizo realidad en el capítulo siguiente. Este evento fue la fiesta judía de «Pentecostés» (de la palabra griega que significa «cincuenta», ya que se celebraba cincuenta días después de Pascua). Jesús fue crucificado en la Pascua, y cincuenta días después, Jerusalén estaba colmada de peregrinos que se habían reunido en la ciudad para celebrar la fiesta de Pentecostés. Los discípulos de Jesús también estaban allí, tal como Él les había dicho que lo hicieran, y de repente, se vieron envueltos en tres fenómenos que marcaron la llegada del Espíritu. Comenzó con un sonido como de viento fuerte. A continuación, algo como fuego apareció encima de sus cabezas, y los apóstoles fueron bendecidos luego con el poder milagroso de hablar en lenguas que no habían aprendido. (Vea 2.8, 11 como indicación de que se trataba de idiomas normales que fueron usados para contar «las maravillas de Dios».)

Naturalmente, todo lo anterior atrajo una multitud. La multitud quería saber de qué se trataba todo ello. Los fenómenos no fueron el «evento principal» de Pentecostés, puesto que tuvieron que ser explicados. Algo más estaba ocurriendo en el lugar, y Pedro se levantó para decirle al pueblo lo que era. Explicó que el evento del cual estaban siendo testigos había sido anunciado por el profeta Joel varios siglos atrás; era el cumplimiento de la promesa de Dios de que algún día «derramaría» de Su Espíritu sobre «toda carne», y no solamente sobre los profetas, reyes y otros líderes del pueblo israelita (2.14–21). Ahora bien, este Espíritu—la presencia de Cristo—estaría disponible para todos. Habiendo explicado lo anterior, Pedro inmediatamente comenzó un resumen sobre Jesús, los milagros que Dios había hecho por medio de Él,

cómo le habían entregado para ser crucificado y cómo la muerte no fue el final de Su historia. Pedro afirmó que Dios había resucitado a Jesús de entre los muertos, un hecho que demostró mediante citas de Salmos 16.8–11 y 110.1 (2.22–35). A continuación leemos el punto culminante de su mensaje: «Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo» (vers.º 36).

Tal mensaje tuvo que haber sido muy preocupante para los que escucharon a Pedro ese día, especialmente en vista de que les estaba insinuando que ellos habían causado la muerte de Jesús. Además, Jesús no era el pretendido Mesías que anteriormente habían creído que era, sino realmente el Mesías de Dios y el Señor. No es de extrañarse que de inmediato le preguntaran a Pedro y a los otros apóstoles: «¿qué haremos?» (vers.º 37). La respuesta de Pedro fue inequívoca: «Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo» (vers.º 38). Pedro dijo que los que se arrepentían y eran bautizados en el nombre de Jesús *recibirían el Espíritu Santo*. En otras palabras, la presencia de Cristo estaría con ellos también. El Cristo que habían crucificado había resucitado y estaría siempre presente en los que creyeran en Él y siguieran Sus enseñanzas. Observe también que la respuesta de Pedro a la pregunta acerca de cómo ser salvos los vinculó directamente con el mensaje sobre el Jesús histórico; Este era en el que necesitaban creer y al que tenían que obedecer. Era la forma de «conocerle», a saber: mediante el mensaje acerca de Él y la presencia del Espíritu Santo en ellos. Tiempo después, cuando los primeros no-judíos recibieron este mismo mensaje, fue una vez más la presencia del Espíritu la que señaló que eran aceptos ante Dios. (Para los samaritanos [mitad judíos], ocurrió en 8.14–16; los gentiles recibieron este mensaje en 10.44–48; 11.15–18.)

Recibir el Espíritu Santo se da como resultado directo de escuchar el mensaje del evangelio de Jesús, creyéndolo, y obedeciéndolo. Esta verdad se enfatiza en Hechos 5.32, donde Pedro y los demás apóstoles fueron llevados ante las autoridades judías y amenazados si no dejaban de hablar sobre Jesús. Primero respondieron: «Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres» (vers.º 29), sin embargo, luego dijo: «Y nosotros somos testigos suyos de estas cosas, y también el Espíritu Santo, el cual ha dado Dios a los que le obedecen». El Espíritu (es decir, la presencia de Jesús) no vino solamente por saber acerca de Él, ni fue el producto de una experiencia emocional. Fue el resultado de

aceptar como verdadero el mensaje de Jesús que hemos estado estudiando y por obedecer lo que los apóstoles habían mandado, esto es, el arrepentimiento y el bautismo en el nombre de Jesús. Al hacer tales declaraciones, los apóstoles no estaban más que haciendo lo que Jesús les había ordenado al principio que hicieran, a saber:

Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y *he aquí yo estoy con vosotros todos los días*, hasta el fin del mundo (Mateo 28.19, 20; énfasis nuestro).

«PABLO, LE PRESENTO A JESÚS»

Anteriormente señalamos que una de las fuentes históricas más importantes de información acerca de Jesús la constituye Pablo, quien se hacía llamar «el apóstol de los gentiles» (Romanos 11.13; 1ª Timoteo 2.7), porque creía que Dios lo había escogido a él para llevar la historia de Jesús a los que estaban fuera de los límites del judaísmo (Hechos 9.15; Gálatas 1.15, 16; 2.9). Cuando encontramos por primera vez a Pablo en el libro de Hechos, no era Pablo el apóstol, sino, Saulo de Tarso, un violento perseguidor de la nueva fe cristiana (según lo dijo él mismo; Gálatas 1.13). Como tal, no conocía a Jesús. Cuando Jesús se le apareció mientras estaba en camino a perseguir a los creyentes, Saulo le preguntó: «¿Quién eres, Señor?». Se le dijo: «Yo soy Jesús, a quien tú persigues» (Hechos 9.5). Pasaron tres días antes de entender lo que todo esto significaba para él. Un hombre llamado Ananías se le acercó y le dijo que era el Señor Jesús el que se le había aparecido. Este había enviado a Ananías para poner las manos sobre él a fin de que pudiera recibir la vista y ser lleno del Espíritu Santo (Hechos 9.17, 18). Cuando más adelante relató estos acontecimientos, Pablo (como se le llama de Hechos 13.13 en adelante) recordó cómo Ananías le había ordenado, diciendo: «Ahora, pues, ¿por qué te detienes? Levántate y bautízate, y lava tus pecados, invocando su nombre» (Hechos 22.16). Así es como Pablo conoció a Jesús.

El conocer a Jesús no había terminado para Pablo. En su carta a los cristianos de la ciudad griega de Filipos, indicó que conocer a Jesús era algo que él ya estaba experimentando, y que deseaba hacer más y más. Pablo estaba advirtiéndoles a los cristianos de Filipos que evitaran a las personas que estaban tratando de decirles que solo seguir a Jesús no era suficiente; tales personas estaban tratando de agregar la ley judía, específicamente, la circuncisión, al mensaje de Cristo. (Este fue un problema común en los primeros días del cristianismo; vea Hechos

15.1–5; Gálatas 5.1–6). Después de demostrar en Filipenses 3.4–6 que era tan buen judío como cualquiera, Pablo escribió lo siguiente:

Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo. Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo, y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe; a fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte, si en alguna manera llegase a la resurrección de entre los muertos. No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús (Filipenses 3.7–12).

Pablo dijo que ya conocía a Cristo y que deseaba conocer más a Cristo. Parece que creía que conocer a Cristo constituía tanto una experiencia presente como una meta que continuamente buscaba alcanzar. No era simplemente un conocimiento *acerca de* Cristo lo que Pablo deseaba (después de todo, él ya le había visto; vea 1ª Corintios 9.1), sino el conocer *de* Cristo. Indicó que este conocimiento superior de su Señor vendría por medio de hacerse más y más como Él, especialmente al compartir en los sufrimientos mismos de Jesús al esparcir continuamente las buenas nuevas sobre Él, lo cual a menudo resultaba ser un tremendo esfuerzo (vea Filipenses 1.12–30).

UNA RELACIÓN CONTINUA

Como hemos visto en el ejemplo de Pablo, conocer a Jesús no es algo que sucede una sola vez. No es algo que nos sucede y de lo cual sencillamente nos alejamos luego. ¿Cómo podríamos pensar en hacerlo? ¿Quién querría hacerlo? Más bien, conocer a Jesús conlleva consecuencias que nos cambian la vida.

Juan escribió su primera carta a finales del siglo primero a un grupo de cristianos que habían sufrido un trágico conflicto. Estos necesitaban cuidarse de otros creyentes que negaban que Jesús y Cristo eran el mismo ser (similar a la visión gnóstica). Además, estos adversarios de la iglesia habían abandonado el estilo de vida enseñado por Jesús y estaban deslizándose hacia un estilo de vida inmoral. Como resultado, dijo Juan, *no* conocen a Jesús:

Este es el mensaje que hemos oído de él, y os anunciamos: Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él. Si decimos que tenemos comu-

nión con él, y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad; pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado. Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. [...] [...] El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él (1ª Juan 1.5—2.4).

De acuerdo a Juan, al igual que Pablo, conocer a Jesús significa «andar como él anduvo» (vivir como Él vivió) y de la manera como enseñó a Sus seguidores a caminar (1ª Juan 2.6). Esto significa que «conocer a Jesús» no es tener ciertos sentimientos acerca de Él ni tener acceso a algún conocimiento místico, sino que es vivir en Su presencia en la forma que Él instruye. Las instrucciones se encuentran en los documentos del Nuevo Testamento, como 1ª Juan, las cartas de Pablo y los evangelios—los mismos documentos que nos hablan de Jesús mismo.

UN CONOCIMIENTO INTERMINABLE

Jesús prometió que nuestra relación con Él no acaba con nuestras experiencias en esta vida. Más bien, dijo que cuando nosotros le conocemos, le pertenecemos. Eventualmente, regresará y nos reclamará como suyos para estar con Él en el cielo por la eternidad. A los discípulos que estaban profundamente preocupados ante la idea de Su partida (Su muerte), Jesús dijo:

No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis (Juan 14.1–3).

Cuando uno de ellos, Tomás, reclamó no saber el camino que Jesús iba a tomar, Este contestó: «Yo soy el camino, y la verdad, y la vida» (14.6). No necesitamos tener la habilidad de descifrar un complicado conjunto de instrucciones para estar con Jesús; solamente tenemos que seguirle.

El Nuevo Testamento indica que es posible conocer a Jesús, y no solamente conocer acerca de Él. Le conocemos por medio del mensaje de Su vida,

muerte y resurrección. Le conocemos mediante nuestra respuesta obediente a ese mensaje en los actos del arrepentimiento y el bautismo. Le conocemos por medio de Su Espíritu, que viene a vivir en nosotros, y le conocemos al vivir como Él enseñó y como Él mismo vivió. Si nosotros le conocemos, podemos vivir con Él para siempre en el cielo.

Son necesarias unas palabras de advertencia: Hemos visto que los que conocían a Jesús y le siguieron durante el primer siglo fueron dramáticamente cambiados por lo que experimentaron. Tenemos todas las razones para creer que nosotros, también, seremos cambiados; de hecho, necesitamos y tenemos que cambiar. Conocer a Jesús cambiará su vida.

¿Está listo para conocerlo? ■

APARICIONES DE JESÚS DESPUÉS DE LA RESURRECCIÓN EN EL NUEVO TESTAMENTO

... a quienes también, después de haber padecido, se presentó vivo con muchas pruebas indubitables, apareciéndoseles durante cuarenta días y hablándoles acerca del reino de Dios (Hechos 1.3).

Mateo 28.9, 10—a las dos Marías junto al sepulcro.

Mateo 28.16–20—a los once discípulos en un monte de Galilea.

Marcos 16.9–20—a María Magdalena, a dos discípulos anónimos y a los Once.

Lucas 24.13–35—a dos discípulos en el camino a Emaús.

Lucas 24.36–53—a los Once en Jerusalén.

Juan 20.11–18—a María Magdalena junto al sepulcro.

Juan 20.19–23—a diez de los discípulos.

Juan 20.26–29—a los Once.

Juan 21.1–23—a los Once junto al mar de Galilea.

Hechos 1.1–11—a los Once.

Hechos 9; 22; 26—a Saulo (más adelante Pablo) en el camino a Damasco.

1ª Corintios 15.5–8—a los «quinientos» [vers.º 6] y a Jacobo [vers.º 7].

Autor: Tommy South

©Copyright 2008, 2010, por LA VERDAD PARA HOY

Todos los derechos reservados